



STEPHEN GAUKROGER, *The Failures of Philosophy: A Historical Essay*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2020, 316 pp. ISBN:978-0691207506.

Aun cuando Stephen Gaukroger reconoce la influencia de Hume, *The Failures of Philosophy: A Historical Essay* constituye una obra sin precedentes en el género y merecedora de atención por parte de aquellos que quieran o crean estar haciendo filosofía, ya que, como su autor anota, la filosofía habría de servir como antídoto contra toda complacencia sobre su estado actual. Con su lectura, emprenderemos un viaje durante el que nos enfrentaremos a la discontinuidad de la filosofía y su estrecha relación con la historia. Sin embargo, solamente estará listo para embarcar el lector al que no contraría saber que la propuesta que subyace a este libro es que la filosofía puede haber perdido su rumbo y, por tanto, el tesoro que persigamos es un nuevo propósito.

Más adelante comentaremos el contenido del volumen, pues la elegante síntesis de conocimientos históricos, filosóficos, teológicos y científicos presentada por el autor erige un compendio que esclarece los cambios atravesados no solo por la filosofía, sino por el entendimiento del mundo en sí mismo. Sin embargo, no podemos pasar por alto el golpe sobre la mesa que provoca su título y que hace tambalear a la tradición historiográfica, autora de una historia a medias, donde únicamente figuraban los logros de la disciplina, ocultando así sus fracasos y privándonos de la posibilidad de aprender de ellos y sometiéndolos a un criterio ajeno a la filosofía. En cuanto a este punto, Gaukroger muestra una visión paradigmática de la historia y pone especial interés en el estudio de los límites y la naturaleza de la investigación filosófica; en el texto veremos constantemente reflejada la voluntad de tener una mirada amplia sin perder de vista el presente y pensando siempre en el futuro. Esta obra es la búsqueda del punto de partida de una travesía que no hemos comenzado y que tampoco acabaremos, pero que conviene dirigir desde la *philía* sin olvidarnos de la *sophía*.

No cabe duda de que nos encontramos ante un trabajo hecho con honestidad — la *Introducción* del volumen se estrena con la pregunta de qué es lo que queremos de la filosofía, una clara apelación a la implicación personal en el examen que llevaremos a cabo— y desde la preocupación genuina por lo que depara a la filosofía: su esencia es la duda, estado del que brotan preguntas que pueden florecer como verdades incómodas. La intención del autor es examinar la historia de la filosofía prestando atención a sus fracasos, entendiendo por fracaso aquellas ocasiones en que la filosofía fue incapaz de resolver las cuestiones que se había formulado a sí misma o que las circunstancias históricas exigían y se había atribuido. Las consecuencias de esta situación fueron ser reemplazada por otra disciplina capaz de ofrecer una respuesta aparentemente sólida y más satisfactoria; por tanto, la posibilidad de que la filosofía transite por problemas perennes y de que exista cierta continuidad o progreso queda desestimada.

La estructura del libro responde a la identificación de tres grandes fracasos en una línea del tiempo extensa y compleja, que exige de nosotros estar atentos al desarrollo de más de una disciplina con sendos representantes, obras, influencias y relaciones entre sí. De esta manera, la historia de la filosofía occidental queda enmarcada en tres épocas (antigua, teológica y moderna) caracterizadas por los factores que hicieron que colapsara la filosofía, siendo estos las divisiones internas de la propia disciplina y los nuevos planteamientos externos. Pero antes de que los espíritus socráticos despierten, cabe comentar que Gaukroger anda con pies de plomo y propone, en la *Introducción*, definir la filosofía como una investigación de segundo orden. Además, la restringe a Occidente para así evitar que se convierta en un término paraguas en el que incluir cualquier forma de pensamiento e invita a compararlas para así distinguir cuál es la naturaleza de la filosofía. Así pues, el problema central de la investigación es el impacto que ha podido tener la pérdida de autonomía de la filosofía, fruto de la constante pero incompleta redefinición que ha atravesado en las opacas aspiraciones de la filosofía actual.

Ahora sí, podemos proceder a comentar las partes, cada una compuesta por tres capítulos, que constituyen el corazón de la obra, pues el prefacio y la introducción son solo una cata de lo que degustaremos a continuación, una declaración de principios.

La primera parte está dedicada al origen, ascenso y caída de la filosofía en la Antigüedad, esto es, a Grecia y Roma principalmente. Durante este período, la tarea pendiente de la filosofía fue responder a la pregunta de cómo hemos de vivir, ofreciendo así una definición de la buena vida. No obstante, para llegar a este punto el autor ha de remontarse al verdadero punto de partida, la constitución de la filosofía, y por este motivo los siguientes capítulos se desarrollarán alrededor de dos incógnitas: qué hizo distinguirse a la filosofía de otras vías de investigación o formas de entender el mundo y qué relación se halló entre la ética, la metafísica, la dialéctica y la filosofía natural que permitiera la creación de un proyecto común. Asimismo, Gaukroger presenta las primeras disertaciones en cuanto a la continuidad en la filosofía: el reconocimiento del paso del mito al logos o la identificación de Sócrates como figura central. En cualquier caso, los protagonistas escogidos son Platón —aunque no debemos olvidar la omnipresencia de Sócrates— y Aristóteles, cuyos trabajos serían un punto de inflexión en la historia de la filosofía y la semilla de la que brotarían escuelas como el estoicismo, el epicureísmo y el neoplatonismo, debido a que es a través de los que podemos obtener una visión más completa de lo que pasó en el período.

Ahora bien, cualquier grado de unidad que pudiésemos imaginar que la filosofía hubiese podido alcanzar se habría visto resquebrajado por el enorme laberinto que comenzaban a constituir las cuestiones morales y metafísicas que ella misma se había impuesto, especialmente con el paso al período helenístico y la importancia otorgada a las emociones, las sensaciones o la propia armonía interior en detrimento del bien, la justicia y la vida pública. En esta situación, el neoplatonismo se convirtió en una puerta hecha a medida del cristianismo, que consolidaría una formulación filosófica de la doctrina teológica y transmitía seguridad al asegurar que la buena vida solo podía obtenerse como un premio después de la muerte. Además, a este inteligente movimiento hay que sumarle las obras de Clemente de Alejandría y San Agustín, en las que percibimos el paso de un diálogo centrado en la sabiduría y la felicidad a otro preocupado por cuestiones espirituales y por la unión con Dios después de la muerte. La filosofía colapsó por sí sola pero, afortunadamente, fue respetada por el cristianismo al ser percibida como una herramienta más que podía subordinarse a la religión.

En tal circunstancia llegamos a la segunda parte del libro, en la que vemos un primer intento de reconstruir la filosofía como una disciplina autónoma. El trabajo de

Gaukroger resulta minucioso y exigente para el lector por todos los elementos que saca a colación para llegar a la raíz del problema. A grandes rasgos, conforma un análisis de la traducción de los problemas filosóficos a la teología, pues la presencia o ausencia de la verdad trazó una línea divisoria entre ambas disciplinas. Uno de los puntos a tener en cuenta será el renacimiento de Aristóteles y la filosofía natural, así como la obra de Tomás de Aquino, que atribuyó a la metafísica un papel de mediador, es decir, que la desteologizó, reviviendo el papel de la razón, y la aparición de la escolástica. No obstante, este período también estuvo plagado de desacuerdos a los que se sumaban el peligro de caer en la heterodoxia o la herejía. Cuestiones como la inmortalidad del alma y, principalmente, el proceso cognitivo terminaron por revolver lo que en un principio había sido acogido como una disciplina menor, solo útil para fundamentar la teología. Por fortuna, con el abandono del aristotelismo en el siglo XVII se recuperó cierto control, en parte gracias al esbozo del nuevo filósofo natural por parte de Francis Bacon y el surgimiento de nuevas teorías como el mecanicismo de Mersenne. En este momento, Gaukroger parece escoger como protagonista a Descartes, crucial para entender el paso del naturalismo a la epistemología y en cuyo pensamiento la Revolución Científica se hace de notar en campos como la percepción cognitiva y el representacionalismo. Estos últimos puntos culminarían con las propuestas de John Locke y la reintroducción plena del enfrentamiento entre la razón y la sensibilidad, a los que posteriormente se sumarían las ideas de la Ilustración y nuevos problemas como el pluralismo moral. De forma similar a lo acontecido en la Antigüedad, el inabarcable número de preguntas y respuestas acabó cayendo por su propio peso, diluyéndose al no poderse dilucidar una resolución más o menos satisfactoria. En opinión del autor, este segundo tropezón dejó, en un contexto en el que la ciencia comenzaba a ocupar posiciones superiores, dos posibilidades: la búsqueda de un criterio único o el abandono del entendimiento filosófico puro.

Cabe comentar que, a pesar de que el despliegue conceptual de Gaukroger es admirable por su hermenéutica, que exige del lector agilidad suficiente para recorrer e intercalar diversos siglos, hay un detalle que resulta significativo y que se hará aún más destacable en la siguiente parte: la investigación es interdisciplinar. Conforme el volumen avanza, la cantidad de conocimientos que en primera instancia no calificaríamos de filosóficos aumenta, hecho que desdibuja la posibilidad de entender la filosofía como una disciplina aislada.

La tercera parte parece tener como figura central a Kant y, como sombra del filósofo, a la ciencia. En líneas generales, diríamos que el primer capítulo trata la obra de Hume, el resurgimiento de la duda acerca de la figura del filósofo y la ininterrumpida cuestión de la razón. Pero como ya podríamos esperar, la imposibilidad de dar con una respuesta satisfactoria termina con el cuestionamiento de la capacidad de la filosofía, ya sea por ser una investigación de segundo orden o, más concretamente, por intentar explicar procesos mentales y juicios morales amparándose en la razón. Seguidamente, Gaukroger, mediante un exhaustivo estudio de la obra de Kant, sus contemporáneos y sus sucesores, presenta el intento de la filosofía de conformar una teoría del todo y el posterior intento de la ciencia. Este último movimiento define el contenido del último capítulo del libro, que analiza el proceso de asimilación de la filosofía por parte de la ciencia y las dos alternativas entre las que hubo que elegir para mantener la filosofía: interpretarla como una metateoría de la ciencia o proveerla de un fundamento científico. A raíz de esto último, es importante resaltar el estudio del materialismo, el utilitarismo y la lógica, que ponen sobre la mesa el intento de la ciencia de monopolizar el conocimiento y la influencia de las teorías políticas y económicas de la época.

Finalmente, Gaukroger expresa su desconcierto respecto a las aspiraciones actuales de la filosofía, pues no ve que exista una dirección clara. En su opinión, la ciencia ha conseguido modelar la filosofía, hecho que se explica por el compromiso que la filosofía buscó primero con el cristianismo y luego con la ciencia. En última instancia, este volumen es una señal de advertencia con la que aquellos que defienden las capacidades de la filosofía convendría que se cruzaran tarde o temprano: para evitar que la filosofía colapse de nuevo es necesario dejar de lado una idea de progreso en cualquier disciplina y urge reconocer que su legitimidad solo depende de sí misma, de sus recursos y del trabajo de los que participan en ella. La pervivencia de la filosofía, así como la trascendencia de este libro, depende del estudio y aprendizaje de los errores ya cometidos.

Eric J. Martos García